

Card. Stanisław Rylko
Presidente
Pontificio Consejo para los Laicos
Ciudad del Vaticano

XXVII ASAMBLEA PLENARIA DEL PONTIFICIO CONSEJO PARA LOS LAICOS

“Encontrar a Dios en el corazón de la ciudad...”

Roma, 5-7 de febrero de 2015

EUCARISTÍA

Saludo e introducción

Con esta celebración eucarística iniciamos la XXVII Asamblea Plenaria del Pontificio Consejo para los Laicos. Un saludo cordial a todos ustedes – miembros y consultores de este dicasterio – y mi agradecimiento por haber acogido nuestra invitación y por haber llegado hasta aquí, provenientes de diversas partes del mundo, listos para contribuir a los trabajos de este importante encuentro.

En esta Eucaristía, que inaugura nuestra Asamblea Plenaria, queremos ante todo agradecer al Señor que ha querido bendecir las numerosas iniciativas promovidas por nuestro Consejo en el año que acaba de terminar. Al mismo tiempo, queremos invocar una particular asistencia del Espíritu Santo para los trabajos de nuestra asamblea, en los que afrontaremos un argumento de gran actualidad: “*Encontrar a Dios en el corazón de la ciudad...*”, es decir, evangelizar la ciudad...

Y ahora, para celebrar dignamente esta santa Eucaristía, reconozcámonos pecadores e invoquemos con confianza la misericordia de Dios...

La Jerusalén celeste: plenitud de la humanidad y de la historia

1. La liturgia de la palabra de esta Eucaristía nos ofrece una muy buena introducción a los trabajos de esta Asamblea Plenaria de nuestro dicasterio. El pasaje del Evangelio de Marcos que acabamos de escuchar nos propone el primer envío misionero de los discípulos: “[Jesús] llamó a los Doce y comenzó a enviarlos de dos en dos...” (Mc 6,7). Los discípulos de Jesús son enviados a anunciar el reino de Dios. Tocamos aquí el punto central de la vida de la Iglesia y de la vida de todo cristiano: ¡la

misión! Ésta es la razón de ser más profunda de la Iglesia y de cada uno de nosotros: ser misioneros. El Papa Francisco nos lo recuerda con insistencia y con pasión. Su gran sueño es una Iglesia que sepa entrar en un permanente dinamismo de “salida”, de éxodo hacia las periferias geográficas y existenciales del mundo. Quiere despertar en la Iglesia la “dulce y confortadora alegría de evangelizar, incluso cuando hay que sembrar entre lágrimas...” (*Evangelii gaudium*, 10). Abre ante nosotros su corazón de pastor cuando dice: “¡Cómo quisiera encontrar las palabras para alentar una etapa evangelizadora más fervorosa, alegre, generosa, audaz, llena de amor hasta el fin y de vida contagiosa!” (*ibidem*, 261). Quiere que todos entremos en “un camino de conversión pastoral y misionera, que no puede dejar las cosas como están” (*ibidem*, n. 25). El Santo Padre Francisco nos interpela a todos: un discípulo de Jesucristo es por naturaleza un misionero, su corazón está siempre inquieto ante la inmensa mies evangélica... Un cristiano que no se compromete, un cristiano de vida tranquila y cómoda (“un cristiano en pantuflas”) ¡traiciona su vocación! A propósito recordemos las palabras de la *Christifideles laici*: “Si el no comprometerse ha sido siempre algo inaceptable, el tiempo presente lo hace aún más culpable. A nadie le es lícito – afirmaba con fuerza San Juan Pablo II – permanecer ocioso” (*Christifideles laici*, 3). La Asamblea Plenaria tiene como primer objetivo despertar en cada uno de nosotros – pastores y fieles laicos – justamente esta inquietud y esta pasión misionera.

En el pasaje del Evangelio que hemos escuchado, Marcos refiere además que Cristo “les ordenó que nada tomaran para el camino, fuera de un bastón: ni pan, ni alforja, ni calderilla en la faja...” (*Mc* 6,8). He aquí un aspecto neurálgico de la misión evangelizadora que choca con nuestra mentalidad mundana, centrada en la eficiencia – mentalidad muy difundida también en la Iglesia – que a menudo pone excesiva confianza en los medios materiales, en las estructuras y en los métodos de eficacia garantizada. Cristo en cambio recomienda a sus discípulos – antes de cualquier cosa – que den testimonio de pobreza... Cómo no recordar en referencia a esto las palabras que el Papa Francisco pronunció algunos días después de su elección: “¡Ah, cómo quisiera una Iglesia pobre para los pobres!” (*Encuentro con los representantes de los medios de comunicación*, 16 de marzo de 2013). En un mundo que idolatra el dinero, la riqueza y el poder, dar testimonio de pobreza se convierte en un desafío, una provocación; pero se trata de un mensaje fuerte que toca los corazones y que no puede faltar nunca. En la misión evangelizadora de la Iglesia, el uso de los nuevos lenguajes y de los medios modernos de comunicación (internet, TV, radio, prensa...) es necesario, pero no podemos olvidar nunca que, al final, la fe se transmite – como subraya el Papa Francisco – “de persona a persona” (cf. *Evangelii gaudium*, 127-129) y con la simplicidad del anuncio del *kerigma* (cf. *ibidem*, 160-168).

2. La primera lectura, por su parte, tomada de la Carta a los Hebreos, nos introduce propiamente al tema escogido para nuestra Asamblea Plenaria: la ciudad como campo de misión. El autor de la Carta habla de las teofanías de la Antigua Alianza que suscitaban gran temor al pueblo elegido que caminaba en el desierto (fuego ardiente, oscuridad, tinieblas, huracán, toque de trompeta...) y luego dice: “vosotros [...] os habéis acercado al monte Sión, a la ciudad del Dios vivo, la

Jerusalén celestial y a miríadas de ángeles, reunión solemne y a la asamblea de los primogénitos inscritos en los cielos [...] a Jesús, mediador de una nueva alianza...” (Hb 12,22-24). Entramos así de modo directo en el tema de la ciudad... El Papa Francisco escribe en la *Evangelii gaudium*: “La nueva Jerusalén, la Ciudad santa (cf. Ap 21,2-4), es el destino hacia donde peregrina toda la humanidad. Es llamativo – continúa el Santo Padre – que la revelación nos diga que la plenitud de la humanidad y de la historia se realiza en una ciudad” (n.71). La Jerusalén celeste – es decir, una ciudad – es para los cristianos un importante signo de esperanza escatológica... Y, según el Papa Francisco, para comprender hasta el fondo la realidad de la ciudad debemos partir de una mirada contemplativa, de una mirada de fe capaz de descubrir a aquel Dios que habita en sus casas, en sus calles, en sus plazas y que suscita en los ciudadanos el deseo de solidaridad, de fraternidad, de bien, de verdad y de justicia (cf. *ibídem*).

Pero la Biblia nos habla también de una dramática oposición entre dos géneros de ciudades representadas por Babilonia y Jerusalén. San Agustín escribe a propósito: “Dos amores han dado origen a dos ciudades: el amor de sí mismo hasta el desprecio de Dios, la terrena; y el amor de Dios hasta el desprecio de sí, la celestial” (*De civitate Dei*, Libro XIV). Vivimos todos en un estado de permanente tensión interior porque no tenemos aquí una ciudad estable sino que buscamos la futura. En realidad, todo cristiano sabe que es un peregrino en esta tierra en camino hacia la Jerusalén celestial. En la ciudad del hombre estamos llamados a construir la “ciudad de Dios”. Lo explica muy bien el autor de la antigua *Carta a Diogneto*: “habitando ciudades griegas o bárbaras, según la suerte que a cada uno le cupo, y adaptándose en vestido, comida y demás género de vida a los usos y costumbres de cada país, dan muestras de un tenor peculiar de conducta admirable, y, por confesión de todos, sorprendente. Habitan sus propias patrias, pero como forasteros; toman parte en todo como ciudadanos y todo lo soportan como extranjeros; toda tierra extraña es para ellos patria, y toda patria, tierra extraña [...] Mas para decirlo brevemente, lo que es el alma al cuerpo, eso son los cristianos en el mundo. El alma está esparcida por todos los miembros del cuerpo, cristianos hay por todas las ciudades del mundo. Habita el alma en el cuerpo, pero no procede del cuerpo: los cristianos habitan en el mundo, pero no son del mundo...” Y concluye el autor: “Tal es el puesto que Dios les señaló y no les es lícito desertar de él...” (caps. 5-6, texto según la edición de Daniel Ruiz Bueno). Así escribía un autor cristiano del segundo siglo... ¡Y esta es la belleza de nuestra vocación cristiana! Éstos son los amplios horizontes de la relación de un cristiano con la ciudad... Se abre aquí un enorme espacio para nuestro testimonio profético, como discípulos y misioneros de Cristo...